

en casa de la vizcondesa; así es que, por una especie de fatalidad, los menores acontecimientos de su vida conspiraban para lanzarle á la carrera en que, según las observaciones del terrible esfinge de la casa Vauquer, debía, como en un campo de batalla, matar para no ser matado, engañar para no ser engañado, dejar á la puerta la conciencia y el corazón, ponerse una careta, burlarse sin piedad de los hombres y, como en Lacedemonia, coger su fortuna sin ser visto para merecer la corona. Cuando volvió á casa de la vizcondesa, ella le recibió con aquella amabilidad que siempre le había demostrado yéndose ambos á un comedor en el cual el vizconde esperaba á su mujer y donde resplandecía ese lujo de mesa que fué llevado al más alto grado cuando la Restauración. Como muchos hombres gastados, el señor de Beauseant no tenía más placeres que los de la buena vida, y se había dado á la glotonería de la escuela de Luis XVIII y del duque de Escars. Su mesa ofrecía, pues, un doble lujo: el del continente y el del contenido. Jamás espectáculo semejante había sido acariciado por los ojos de Eugenio, el cual comía por primera vez en una de esas casas en que las grandezas sociales son hereditarias. La moda acababa de suprimir las cenas con que terminaban antaño los bailes del Imperio, donde los militares necesitaban recobrar fuerzas para prepararse para todos los combates que les esperaban tanto adentro como afuera. Eugenio no había asistido aún más que á bailes. El aplomo que tan eminentemente le distinguió más tarde y que empezaba á adquirir, le impidió quedar alelado; pero al ver aquel servicio de plata esculpida y las mil curiosidades de una

mesa suntuosa, era difícil que un hombre de imaginación ardiente no prefiriese aquella vida constantemente elegante á la vida de privaciones que quería abrazar por la mañana. Su pensamiento le sumió por un instante en su casa de huéspedes, y sintió por ésta tan profundo horror, que juró abandonarla en el mes de enero, tanto para meterse en una casa limpia como para huir de Vautrín, cuya pesada mano sentía aún sobre su hombro. Si se piensa en las mil formas que toma en París la corrupción, un hombre de buen sentido se pregunta por qué aberración establece el Estado escuelas, cómo las mujeres guapas son respetadas y cómo el oro expuesto por los agentes de cambio no vuela maquinalmente de los escaparates. Pero si se tiene en cuenta que existen pocos ejemplos de crímenes y aun de delitos cometidos por jóvenes ¿qué respeto no debe sentirse por estos pacientes Tántalos que se combaten á sí mismos y salen victoriosos? Si estuviese bien descrito en su lucha con París, el pobre estudiante daría materia para una de las obras más dramáticas de nuestra civilización moderna. En vano miraba la señora de Beauseant á Eugenio para invitarle á hablar, pues éste no quiso decir nada en presencia del vizconde.

—¿Me lleva usted esta noche á los Italianos?—preguntó la vizcondesa á su marido.

—No puede usted dudar del placer que tendría en obedecerla—respondió él con una burlona galantería que engañó al estudiante;—pero tengo una cita en Variedades.

—Con su querida—se dijo ella.

—¿No tiene usted á Adjuda esta noche?—le preguntó el vizconde.

—No—le respondió su esposa con mal humor.

—Pues bien; si necesita usted á toda costa un brazo, tome el del señor de Rastignac.

La vizcondesa miró sonriendo á Eugenio y le dijo:

—¡Vaya un compromiso para usted!

—Chateaubriand ha dicho que el francés ama el peligro porque ve en él la gloria—respondió Rastignac inclinándose.

Algunos momentos después, estaba sentado en un cupé al lado de la señora de Beauseant y se trasladaba al teatro de moda, creyendo en alguna hechicería cuando entró en un palco y vió que todos los anteojos se dirigían á la vizcondesa, cuyo prendido era delicioso.

—Decía usted que tenía que hablarme—le dijo la señora de Beauseant.—¡Ah! Mire usted, la señora de Nucingen está á tres palcos del nuestro. Su hermana y el señor de Trailles están al otro lado.

Mientras decía estas palabras, la vizcondesa miraba al palco en que debía estar la señorita de Rochefide, y, como no viese en él al señor de Adjuda, su cara adquirió un brillo extraordinario.

—Es encantadora—dijo Eugenio después de haber mirado á la señora de Nucingen.

—Tiene las cejas blancas.

—Sí ¡pero vaya un talle más bonito!

—Tiene las manos grandes.

—Y ¡qué ojos más hermosos!

—Pero tiene la cara larga.

—¡Oh! es que la forma larga tiene distinción.

—Afortunadamente para ella, porque vea usted como toma y deja el monóculo. La raza Goriot se adivina en

todos sus movimientos—dijo la vizcondesa con gran asombro de Eugenio.

En efecto, la señora de Beauseant examinó con sus anteojos la sala y parecía no hacer caso de la señora de Nucingen, á pesar de no perder ninguno de sus gestos. El aspecto del teatro era hermosísimo. Delfina de Nucingen estaba sumamente satisfecha al ver que ocupaba exclusivamente al joven, guapo y elegante primo de la señora de Beauseant, que sólo tenía ojos para ella.

—Señor de Rastignac, si continúa usted mirándola de esa manera, va á dar un escándalo. Nada logrará usted si deja ver de ese modo á todo el mundo sus sentimientos.

—Prima querida—dijo Eugenio,—me ha dispensado usted ya sobrada protección; mas si quisiera acabar su obra, sólo le pido que me haga un favor que ha de costarle poco trabajo y que me causará gran bien. Heme ya cogido.

—¿Ya?

—Sí.

—¿Por esa mujer?

—¿Quién sino ella podría escuchar mis pretensiones?—dijo Eugenio dirigiendo una mirada penetrante á su prima.—La señora duquesa de Carigliano es muy amiga de la duquesa de Berry—repuso después de una pausa, —y como usted tiene que verla, tenga la bondad de presentarme en su casa y de llevarme al baile que da el lunes. Allí encontraré á la señora de Nucingen y me entregaré á mi primera escaramuza.

—Con mucho gusto—le dijo la vizcondesa.—Si siente usted ya afición por ella, veo que le irán bien los asun-

tos del corazón. Allí está de Marsay en el palco de la princesa Galathionne. La señora de Nucingen está sufriendo atrozmente de despecho. No hay mejor momento para abordar á una mujer, sobre todo á la mujer de un banquero. Á todas esas damas de la calzada de Antín les gusta extraordinariamente la venganza.

—Pues ¿qué haría usted en su lugar?

—Yo, sufriría en silencio.

En este momento se presentó el marqués de Adjuda en el palco de la señora de Beuseant.

—He hecho mal mis negocios á fin de venir á encontrarla, y se lo comunico para que no crea que vengo haciendo un sacrificio.

La radiante alegría de la cara de la vizcondesa enseñó á Eugenio á reconocer las expresiones de un verdadero amor y á no confundirlo con las monadas de la coquetería parisiense. Admiró á su prima, quedóse mudo y dejó su asiento al señor de Adjuda, suspirando y diciéndose:

—¡Qué noble, qué sublime criatura es una mujer que ama así! Y este hombre le va á hacer traición por una muñeca.

Y esto diciendo, sintió en su corazón una rabia de niño; hubiera querido arrastrarse á los pies de la señora de Beuseant y hubiera deseado el poder de los demonios para apoderarse de su corazón como un águila se apodera de un cervatillo blanco no destetado aún. Se sentía humillado de verse en aquel gran museo de la belleza sin su cuadro, sin una querida propia.

—Tener una querida y una posición casi regia es la señal del poder—se decía.

Y miró á la señora de Nucingen como mira un hombre insultado á su adversario. La vizcondesa se volvió hacia él para darle las gracias con una mirada por su discreción. El primer acto había acabado.

—¿Conoce usted bastante á la señora de Nucingen para presentarle al señor de Rastignac?—le dijo la vizcondesa al señor de Adjuda.

—Ya lo creo, y que tendrá una gran satisfacción en conocerle—dijo el guapo portugués tomando el brazo del estudiante, levantándose y trasladándose, en un abrir y cerrar de ojos, al lado de la señora de Nucingen.

—Señora baronesa—dijo el marqués,—tengo el honor de presentarle al caballero Eugenio de Rastignac, primo de la vizcondesa de Beuseant. Le ha causado usted tan viva impresión, que he querido completar su dicha aproximándole á su ídolo.

Estas palabras fueron dichas con cierto acento burlesco que disimulaba el pensamiento un poco brutal que, expresado con gracia, no desagradaba nunca á una mujer. La señora de Nucingen se sonrió y ofreció á Eugenio el sitio de su marido, que acababa de salir.

—Caballero, no me atrevo á proponerle que se quede á mi lado, porque cuando se tiene la dicha de estar con la señora de Beuseant se debe aprovechar.

—Pero, señora—le dijo en voz baja Eugenio,—me parece que si quiero agradar á mi prima me quedaré á su lado. Antes de la llegada del señor marqués habíamos de usted y de la distinción de toda su persona—le dijo en voz alta.

El señor de Adjuda se retiró.

—Caballero ¿de veras se va usted á quedar á mi

lado? ¡Oh! entonces tendremos el gusto de conocernos, y yo satisfaré el deseo que la señora de Restaud me inspiró de verle.

—¡Cómol! ¿tan falsa es, después de haberme cerrado la puerta de su casa?

—¡Cómol!

—Señora, tendré la conciencia de decirle la causa; pero reclamo toda su indulgencia al confiarle semejante secreto. Yo soy vecino de su señor padre, ignoraba que la señora de Restaud fuese su hija, y cometí la inocente imprudencia de hablar de él, disgustando así á su hermana y á su marido. No puede usted imaginarse cuán de mal gusto han encontrado esta apostasía filial la duquesa de Langeais y mi prima. Yo les conté lo ocurrido, y ellas se rieron como locas. Entonces fué cuando, haciendo un paralelo entre usted y su hermana, la señora de Beuseant me habló de usted con elogio y me dijo cuán buena era usted para mi vecino el señor Goriot. En efecto ¿cómo no ha de quererle usted si la adora de un modo tan apasionado que hasta llegó á sentir celos? Esta mañana hemos estado hablando de usted más de dos horas, y luego, oído lo que su padre me contó, esta noche, comiendo con mi prima, yo le decía que usted no podía ser tan hermosa como amante. Queriendo sin duda favorecer tan entusiasta admiración, la señora de Beuseant me trajo aquí diciéndome, con su acostumbrada gracia, que aquí la vería.

—¡Cómol caballero—dijo la mujer del banquero,—¿le debo ya agradecimiento? Un poco más y vamos á ser antiguos amigos.

—Aunque la amistad debe ser á su lado un senti-

miento poco vulgar, yo no quiero ser nunca su amigo—dijo Rastignac.

Estas tonterías, estereotipadas para uso de los principiantes, son siempre encantadoras para las mujeres y sólo resultan pobres leyéndolas en frío. El gesto, el acento, la mirada de un joven, les dan incalculable valor. La señora de Nucingen encontró á Rastignac encantador, y luego, como todas las mujeres, no pudiendo responder nada á cuestiones tan francamente planteadas como la del estudiante, le respondió otra cosa.

—Sí, mi hermana obra mal portándose como lo hace con nuestro pobre padre, que ha sido para nosotras un dios. Ha sido necesario que el señor de Nucingen me ordenase terminantemente que yo no viese á mi padre más que por la mañana, para que yo accediese respecto á este punto. Pero fuí mucho tiempo desgraciada. Lloraba. Estas violencias, sucediendo á las brutalidades del matrimonio, fueron una de las cosas que más turbaron mi hogar. Á los ojos del mundo soy la mujer más feliz de París, pero la más desgraciada en realidad. Me va usted á juzgar loca hablándole de este modo, pero usted ya conoce á mi padre, y este sólo hecho basta para que no le considere como un extraño.

—Jamás habrá usted encontrado persona que esté animada de un deseo más vivo de pertenecerle—dijo Eugenio.—¿Qué buscan ustedes todas? la dicha—repuso el estudiante con voz que llegaba al alma.—Pues bien, si la dicha de una mujer consiste en ser amada y adorada, en tener un amigo á quien confiar sus deseos, sus caprichos, sus penas, sus goces, y mostrarse ante él en toda la desnudez de su alma, con sus bonitos defectos y sus

hermosas cualidades sin temor de ser traicionada, créame usted, que ese corazón adicto, siempre ardiente, no puede encontrarse más que en un hombre joven, lleno de ilusiones, que puede morir á una seña suya y que no conoce aún al mundo ni quiere conocerlo, porque usted será el mundo para él. Mire, va usted á reirse de mi sencillez. Yo llego del interior de una provincia, completamente ajeno á todo esto, sin haber conocido más que almas hermosas, y contaba permanecer sin amor; pero frecuenté la casa de mi prima, la cual me demostró cariño y me hizo adivinar los mil tesoros de la pasión; soy, pues, como Querubín, el amante de todas las mujeres, esperando poder adherirme á alguna de ellas. Al verla cuando entré, me sentí inclinado hacia usted como por una corriente. ¡Había pensado tanto en su personal! Pero no la había soñado tan hermosa como es usted en realidad. La señora de Beauseaut me ordenó que no la mirase á usted tanto, porque no sabe lo atractivos que resultan sus bonitos labios rojos, su tez blanca y sus cariñosas miradas. Yo también estoy diciéndole locuras; pero no haga usted caso.

Nada complace más á las mujeres que oír que les dirigen estas cariñosas palabras. Hasta la devota más severa las escucha con gusto, aunque no pueda responder á ellas. Después de haber empezado de este modo, Rastignac fué desatando su hilo de perlas, y la señora de Nucingen animaba á Eugenio con sonrisas, mirando de cuando en cuando á de Marsay, el cual no dejaba el palco de la princesa Galathionne. Rastignac permaneció al lado de la señora de Nucingen hasta que su marido fué á buscarla para acompañarla á casa.

—Señora—le dijo Eugenio,—tendré el placer de ir á verla antes del baile de la duquesa de Carigliano.

—Puesto que la *señoga* le invita, tenga la *seguridad de seg bien gecibido*—le dijo el barón, especie de alsaciano, cuya redonda cara anunciaba una peligrosa astucia.

—Las cosas marchan bien, porque observo que no se ha asustado al oír que le decía si me amaría bien. Le he puesto ya el freno al corcel; conqué, montémosle y sepamos gobernarle—se dijo Eugenio yendo á saludar á la señora de Beauseant, que se levantaba y se retiraba con Adjuda en aquel momento.

El pobre estudiante no sabía que la baronesa estaba distraída, y que esperaba de de Marsay una de esas cartas decisivas que desgarran el alma. Satisfecho de su falso éxito, Eugenio acompañó á la vizcondesa hasta el peristilo, donde cada uno espera su coche.

—Su primo no parece el mismo—dijo el portugués á la vizcondesa cuando Eugenio se despidió.—Es flexible como una anguila, y creo que hará carrera. Sólo usted ha podido escojerle una mujer en el momento en que necesitaba consuelo.

—Pero es preciso saber si Delfina ama aún al que la abandona—dijo la señora de Beauseant.

El estudiante se fué á pie desde el teatro hasta la calle Nueva de Santa Genoveva haciéndose los más hermosos proyectos. Había notado la atención con que le había examinado la señora de Restaud, lo mismo en el palco de la vizcondesa que en el de la señora de Nucingen, y presumió que la condesa no le cerraría ya las puertas de su casa; de suerte que iba á adquirir

cuatro relaciones mayores entre la elevada sociedad parisiense, toda vez que contaba simpatizar con la mariscal. Sin explicarse los medios, él adivinaba de antemano que en el complicado juego de los intereses de este mundo tenía que agarrarse á una rueda para encontrarse en lo más alto de la máquina.

—Si la señora de Nucingen se interesa por mí, yo le enseñaré á gobernar á su marido. Éste hace negocios de banca y tal vez pueda ayudarme á adquirir de pronto una fortuna.

No se decía Eugenio esto precisamente porque no era aún bastante político para cifrar una situación, apreciarla y calcularla; pero estas ideas flotaban en su horizonte en forma de ligeras nubes, y, aunque no tenían la aspereza de las de Vautrín, si hubiesen sido sometidas al examen de la conciencia, no hubieran dado de sí nada puro. Por una serie de transacciones de este género, los hombres llegan á esa moral relajada que profesa la época actual, donde se encuentran más rara vez que nunca esos hombres rectangulares, esas hermosas voluntades que no se avienen nunca al mal, y que juzgan como un crimen la menor desviación de la línea recta: magníficas imágenes de la probidad que nos valieron dos obras maestras, *Alceste* de Molière, y recientemente *Jenny Deans* y su padre en la obra de Walter Scott. El ver la obra opuesta, la descripción de las sinuosidades por donde hace rodar su conciencia un hombre de mundo, un ambicioso, esquivando aparentemente el mal, á fin de guardar las apariencias, no sería menos bella ni menos dramática. Al llegar á la puerta de la posada, Rastignac se había enamorado de la señora de Nucin-

gen, la cual le pareció fina y esbelta como una golondrina. La embriagadora dulzura de sus ojos, el delicado y sedoso tejido de su piel, bajo la cual creyó ver circular la sangre, el sonido encantador de su voz, sus rubios cabellos, todo lo recordaba; y tal vez la marcha, poniendo su sangre en movimiento, ayudaba á esta fascinación. El estudiante llamó con fuerza á la puerta del padre Goriot, diciendo:

—Vecino mío, he visto á su hija Delfina.

—¿Dónde?

—En los Italianos.

—¿Se ha divertido mucho? Entre—dijo Goriot levantándose en camisa, abriendo la puerta y volviendo á acostarse.—Hábleme usted de ella.

Eugenio, que entraba por primera vez en la habitación del padre Goriot, no pudo reprimir un movimiento de asombro al ver el chiribitil que habitaba el padre después de haber admirado el lujo de la hija. La ventana carecía de cortinas. El papel pegado á las paredes estaba desprendido en algunos lugares por efecto de la humedad y dejaba ver el yeso ennegrecido por el humo. El buen hombre yacía en una mala cama, no tenía más que un cobertor y una manta corta hecha con pedazos de vestidos viejos de la señora Vauquer. El pavimento era húmedo y estaba lleno de polvo. En frente de la ventana se veía una de esas viejas cómodas de madera de hinchado vientre, que tienen manillares de cobre, y una mesita vieja de madera sobre la cual se veía un jarro de agua y todos los utensilios necesarios para afeitarse. En un rincón los zapatos; á la cabecera de la cama una mesa de noche sin puerta ni mármol, y en el

rincón de la chimenea, donde no había huellas de fuego, se encontraba la mesa cuadrada de nogal, cuya pata había servido al padre Goriot para deformar el servicio de plata. Un mal *secreter*, sobre el cual estaba el sombrero del buen hombre, un canapé de paja y dos malas sillas completaban aquel miserable mobiliario. El aspecto de aquel cuarto daba frío y oprimía el corazón, pues se parecía al más triste albergue de una cárcel. Afortunadamente, Goriot no vio la expresión que se pintó en el rostro de Eugenio cuando este colocó la bujía sobre la mesa de noche. El buen hombre se volvió, permaneciendo tapado hasta la barba, y le dijo:

—Vamos á ver ¿quién le gusta más, la señora de Restaud ó la señora de Nucingen?

—Prefiero á Delfina porque le quiere á usted—le respondió el estudiante.

Al oír estas palabras, dichas con calor, el buen hombre sacó un brazo de la cama y estrechó la mano á Eugenio, diciéndole conmovido:

—Gracias, gracias. ¿Qué le ha dicho á usted de mí?

El estudiante repitió las palabras de la baronesa embelleciéndolas, y el anciano le escuchó como si hubiese oído la palabra de Dios.

—Sí, sí, hijo mío, me quiere mucho; pero no crea lo que le ha dicho de Anastasia. Mire usted, las dos hermanas se tienen envidia, lo cual es una prueba más de su cariño. La señora de Restaud también me quiere. Yo lo sé, porque un padre es con sus hijos como Dios con nosotros: llega hasta el fondo de los corazones y juzga las intenciones. Tan cariñosa es una como otra. ¡Oh! si yo hubiese tenido buenos yernos, habría sido demasiado

feliz; y ya se sabe que es imposible una felicidad completa aquí en la tierra. Si yo viviese en casa de ellas, nada más que oyendo sus voces, sabiendo que las tenía á mi lado, y el verlas ir y venir como cuando las tenía en casa, hubiera hecho estallar mi corazón de alegría. ¿Iban bien vestidas?

—Sí—dijo Eugenio,—pero, señor Goriot ¿cómo puede usted vivir en semejante tugurio teniendo hijas en tan buena posición?

—¡Bah! ¿de qué me serviría estar mejor? Yo no podría explicárselo, porque no sé decir dos palabras seguidas. Todo está aquí—añadió golpeándose el pecho.—Toda mi vida estriba en mis hijas. Si ellas se divierten, si son felices, si van bien vestidas, si pisan alfombras ¿qué me importa á mí mi ropa ni el lugar en que me encuentro? Yo no tengo frío cuando ellas tienen calor, ni me aburro si ellas se divierten. No tengo más penas que las suyas. Cuando sea usted padre, cuando se diga usted, viendo jugar á sus hijos: «Estos seres son carne de mi carne», entonces ya verá lo que es esto, se creará dentro de sus cuerpos, y sólo se verá agitado por sus sentimientos. Yo oigo sus voces en todas partes, y una mirada suya cuando estoy triste renueva mi sangre. Día llegará en que verá usted que un padre es más feliz con la dicha de sus hijos que con la suya propia. Yo no puedo explicarme, porque siento algo interior que comunica bienestar á todo mi cuerpo. En fin, vivo tres veces. ¿Quiere usted que le diga una cosa bien extraña? Mire, cuando fuí padre comprendí á Dios, el cual está por entero en todas partes, porque la creación ha salido de Él. Lo mismo me pasa á mí con mis hijas. Única-

mente que yo amo más á mis hijas de lo que Dios ama al mundo, porque el mundo no es tan hermoso como Dios, y mis hijas son más hermosas que yo. Ocupan de tal modo mi alma, que yo estaba seguro de que usted las vería esta noche. ¡Dios mío! el hombre que supiese hacer á mi pequeña Delfina tan feliz como suele serlo una mujer cuando se ve amada, le limpiaría las botas y le serviría de criado. He sabido por su camarera que ese caballero de Marsay es un mal sujeto y me han entrado ganas de retorcerle el cuello. ¿No querer á una mujer que es una joya, que tiene voz de ruiseñor y que parece ser hecha para servir de modelo? ¿Dónde habrá tenido los ojos para casarse con ese imbécil alsaciano? Las dos necesitaban hombres que las quisiesen; pero, en fin, hicieron lo que creyeron mejor.

El padre Goriot estaba sublime. Eugenio no lo había podido ver nunca iluminado por el fuego de su pasión de padre. Cosa digna de observarse es el poder de infusión que poseen los sentimientos. Por baja que sea una criatura, desde el momento en que demuestra sentir un afecto grande y verdadero, exhala un fluido particular que modifica su fisonomía, anima sus gestos y da color á su voz. Á veces, bajo el esfuerzo de la pasión, el ser más estúpido adquiere una gran elocuencia en las ideas, si no en el lenguaje, y parece moverse en una esfera luminosa. En aquel momento había en el gesto y en la voz de aquel hombre el poder comunicativo que posee el buen actor. Pero ¿no son las poetas de la voluntad nuestros sentimientos hermosos?

—Bueno, por lo que usted dice, supongo que no le disgustará saber que va á romper con de Marsay—

le dijo Eugenio.—Este guapo mozo la ha abandonado por la princesa Galathionne, y yo, por mi parte, me he enamorado esta noche de Delfina.

—¡Bah!—dijo el padre Goriot.

—Sí, y no le he desagradado. Hemos hablado de amor durante una hora y he quedado en ir á verla pasado mañana.

—¡Oh! señor mío ¡cuánto le querría á usted si le agradase á ella! porque usted es bueno y no la atormentaría. Sin embargo, tenga entendido que si le hace traición, le cortaré el cuello. Una mujer no puede tener dos amores. Pero ¡Dios mío! señorito Eugenio, estoy diciendo tonterías y aquí hace frío para usted. Vaya, vaya, conque ¿ha hablado usted con ella? Y ¿qué le ha dicho para mí?

—Nada—se dijo Eugenio para sus adentros.—Pues me dijo—respondió después en voz alta—que le enviaba á usted un beso de hija.

—Adiós, vecino mío, que duerma bien y que tenga un sueño agradable. El mío será bueno con esa sola palabra. Que Dios proteja sus deseos. Esta noche ha sido usted para mí un buen ángel. Me trae usted el aroma de mi hija.

—¡Pobre hombre!—se dijo Eugenio al acostarse.—Hay para conmovér á un corazón de piedra. Lo mismo piensa su hija en él que en el sultán de Turquía.

Después de esta conversación, el padre Goriot vió en su vecino un confidente inesperado, un amigo, y esto bastó para que se estableciesen entre ellos las relaciones únicas que aquel anciano podía tener con otro hombre. Las pasiones no hacen nunca falsos cálculos. El padre



Goriot se veía más cerca de su hija Delfina, y creía que sería mejor recibido por ella si Eugenio llegaba á gustar á la baronesa. Por otra parte, el anciano le había confiado uno de los dolores de Delfina, que no había conocido las dulzuras del amor, y á la cual deseaba de continuo la dicha. Á decir verdad, como decía Goriot, Eugenio era uno de los jóvenes más guapos que él había visto, y le hacía suponer que procuraría á su hija los placeres de que ella había estado privada hasta entonces. El buen hombre sintió, pues, por su vecino una amistad que fué creciendo, y sin la cual tal vez hubiera sido imposible conocer el desenlace de esta historia.

Al día siguiente por la mañana, á la hora de almorzar, el cariño con que el padre Goriot miraba á Eugenio, á cuya vera se sentó, algunas palabras que le dijo y el cambio de su fisonomía, semejante de ordinario á una mascarilla de yeso, sorprendieron á los huéspedes de la casa Vauquer. Vautrín, que no había vuelto á ver al estudiante después de su conversación, parecía que deseaba leer en su alma. Al acordarse de los proyectos de este hombre, Eugenio, que había medido el vasto campo que se abría á sus miradas, pensó necesariamente en la dote de la señorita Taillefer y no pudo menos de mirar á Victorina como mira el joven más virtuoso á una rica heredera. Por casualidad, sus ojos se encontraron. La pobre joven no dejó de encontrar encantador á Eugenio con su nuevo traje, y la mirada que cambiaron fué bastante significativa para que Rastignac viese que era para ella objeto de esos confusos deseos que nacen en todas las jóvenes al contemplar al primer ser seducido. Una voz le gritaba á Eugenio: «¡Ochocientos mil

francos!»; pero de pronto se sumió en sus recuerdos de la víspera y pensó que su pasión de encargo por la señora de Nucingen era el antídoto de sus malos pensamientos involuntarios.

—Ayer se representó *El Barbero de Sevilla*, de Rossini, en los Italianos. Nunca había oído música tan deliciosa—dijo Eugenio.—¡Dios mío! ¡qué dicha es tener un palco en los Italianos!

El padre Goriot cogió al vuelo estas palabras, como adivina un perro el movimiento de su amo.

—¡Oh! ustedes los hombres hacen lo que quieren—dijo la señora Vauquer.

—¿Cómo volvió usted?—le preguntó Vautrín.

—Á pie—respondió Eugenio.

—Á mí—repuso el tentador—no me gustan los placeres á medias; me agradaría ir en coche á mi palco y volver muy cómodamente. Todo ó nada, esta es mi divisa.

—Y que no es mala—repuso la señora Vauquer.

—Supongo que irá usted á ver á la señora de Nucingen—dijo Eugenio á Goriot en voz baja.—Estoy seguro de que le recibirá con los brazos abiertos y de que le hará mil preguntas acerca de mí. He sabido que daría cualquier cosa del mundo por ser recibida en casa de mi prima. No se olvide de decirle que la quiero demasiado para no pensar en procurarle esta satisfacción.

Rastignac se fué inmediatamente á la Escuela de Derecho, porque quería permanecer el menos tiempo posible en aquella odiosa casa. Al efecto, callejeó durante todo el día en medio de esa fiebre que conocen los jóvenes afectados por grandes esperanzas. Los razo-

namientos de Vautrín le hacían reflexionar acerca de la vida social, cuando encontró á su amigo Bianchón en el jardín del Luxemburgo.

—¿De dónde has sacado ese aire tan grave?—le dijo el estudiante de medicina cogiéndole del brazo para pasearse por delante del palacio.

—Estoy atormentado por malas ideas.

—¿De qué género? porque las ideas se curan.

—¿Cómo?

—Sucumbiendo á ellas.

—Te ríes sin saber de lo que se trata. ¿Has leído á Rousseau?

—Sí.

—¿Te acuerdas de aquel pasaje en que le pregunta al lector lo que haría en el caso de que pudiese enriquecerse matando en la China, con su sola voluntad, á un anciano mandarín sin moverse de París?

—Sí.

—¡Y bien!...

—¡Bah! Ya estoy yo en mi trigésimo tercio mandarín.

—No bromees. Vamos á ver, si te probasen que la cosa es posible y que te bastaría hacer un movimiento de cabeza, ¿lo harías?

—¿Es muy viejo el mandarín? Pero, no, ¡qué diantre! joven ó viejo, guapo ó feo, no lo haría.

—Bianchón, eres un buen muchacho. Pero ¿si amases á una mujer hasta el punto de vender tu alma al diablo por ella, y necesitases dinero, mucho dinero, para satisfacer su lujo y sus caprichos?

—Hombre, tú quieres que razone y me estás quitando la razón.

—Pues bien, Bianchón, yo estoy loco, cúrame. Tengo dos hermanas que son dos ángeles de belleza y de candor y quiero hacerlas felices. ¿Cómo adquirir en cinco años doscientos mil francos para dotarlas? Mira, existen circunstancias en la vida en que hay que jugar el todo por el todo y en que es preciso no gastar la vida en ganar dinero.

—Hombre, tú planteas la cuestión que tiene que resolver todo el mundo al entrar en la vida y quieres cortar el nudo gordiano con la espada. Pero, querido mío, para obrar de ese modo, es preciso ser Alejandro ó exponerse á ir á presidio. Yo me considero feliz con la modesta vida que haré en provincias sucediendo sencillamente á mi padre. Los afectos del hombre lo mismo se satisfacen en un pequeño círculo que en una inmensa circunferencia. Napoleón no comía dos veces ni podía tener más queridas que las que tiene un estudiante de medicina cuando está de interno en los Capuchinos. Nuestra dicha, querido mío, se mantendrá siempre entre la planta de nuestros pies y nuestro occipucio; y que cueste un millón al año ó cien luises, en nuestro interior la percepción intrínseca siempre es la misma. Me decido por conservar la vida del chino.

—Gracias, Bianchón, me has hecho mucho bien, seremos siempre amigos.

—Oye—repuso el estudiante de medicina.—Al salir de la clase de Cuvier, en el Jardín de Plantas, vi á la Michonneau y á Poirét hablando en un banco con un señor á quien conozco por haberlo visto junto al Congreso durante los motines del año pasado, y que me pareció ser algún agente de policía disfrazado de honrado

burgués que vive de sus rentas. Examinemos á esa pareja: ya te diré por qué. Adiós, voy á presentarme á la lista que pasan en el hospital á las cuatro.

Cuando Eugenio volvió á la posada, encontró al padre Goriot esperándole, el cual le dijo al verle:

—Tenga usted una carta de ella. ¿Eh? qué bonita letra ¿verdad?

Eugenio abrió el sobre y leyó lo siguiente:

«Caballero: Acaba de decirme mi padre que le gusta á usted la música italiana, y me consideraría muy feliz si se dignase aceptar un asiento en mi palco. El sábado tendremos á la Fodor y á Pellegrini, y estoy segura de que no rehusará usted. El señor de Nucingen se une á mí para rogarle que venga á comer con nosotros sin ceremonia. Si acepta usted, le hará un favor librándole de su obligación de hacerme compañía.

»No me responda, venga, y reciba mis saludos.

»D. DE N.»

—¡Enséñemela usted!—dijo Goriot á Eugenio después que éste hubo leído la carta.—Irá usted ¿verdad?—añadió después de haber olfateado el papel.—¡Qué aroma despide! ¡cómo se conoce que lo ha tocado ella con sus dedos!

—Una mujer no se arroja así en brazos de un hombre—se decía el estudiante.—Quiere servirse de mí para atraer á de Marsay. Sólo el despecho puede mover á hacer estas cosas.

Eugenio no conocía el delirio de vanidad que sentían ciertas mujeres en aquella época, y no sabía que por

abrirse una puerta en el arrabal Saint-Germain la mujer de un banquero era capaz de todos los sacrificios. En aquellos momentos la moda empezaba á colocar sobre todas las mujeres á aquellas que eran admitidas en el arrabal Saint-Germain, entre las cuales figuraban en primera línea la señora de Beauseant, su amiga la duquesa de Langeais y la duquesa de Maufrigneuse. Rastignac era el único que ignoraba el furor que sentían las mujeres de la calzada de Antín por entrar en el círculo superior donde brillaban las constelaciones de su sexo. Pero su desconfianza le sirvió y le comunicó frialdad y el triste poder de imponer condiciones en lugar de recibir las.

—Sí, iré—respondió Eugenio.

De este modo la curiosidad le llevaba á casa de la señora de Nucingen; mientras que si esta mujer le hubiese despreciado, tal vez habría ido hacia ella conducido por la pasión. Sin embargo, no esperó sin impaciencia, al día siguiente, la hora de partir. Para un joven, tiene su primera intriga tanto encanto como su primer amor. La seguridad de salir airoso engendra mil felicidades que los hombres no confiesan, y que constituyen todo el encanto de ciertas mujeres. El deseo nace tanto de la dificultad como de la facilidad de los triunfos, y seguramente que todas las pasiones de los hombres son excitadas ó mantenidas por alguna de estas dos causas que dividen el imperio amoroso. Esta división es tal vez una consecuencia de la gran cuestión de los temperamentos que, dígame lo que se quiera, impera en la sociedad. Si los melancólicos necesitan el tónico de las coqueterías, los sanguíneos y nerviosos abandonan el campo si la resistencia dura demasiado. En otros tér-

minos, la elegía es tan esencialmente línfática, como bilioso el ditirambo. Mientras se vestía, Eugenio saboreó todos esos pequeños goces de que no se atreven á hablar los hombres por temor á que se burlen de ellos, pero que halagan el amor propio. Eugenio se peinaba pensando que la mirada de una mujer bonita penetraría entre sus rizos negros, se permitió tantas monerías infantiles como hubiera hecho una joven vistiéndose para ir al baile y se miró complacientemente al espejo diciéndose:

—La verdad es que hay muchos hombres peor formados que yo.

Una vez arreglado, Rastignac bajó cuando todos los huéspedes estaban sentados á la mesa, y recibió alegremente el sin fin de estupideces que hizo decir su elegante porte. Es rasgo propio de las costumbres de los huéspedes de casas modestas el asombrarse al ver á un hombre elegantemente vestido, y nadie se pone un traje nuevo sin que todo el mundo le diga algo acerca de él.

—Kt, kt, kt, kt—hizo Bianchón haciendo sonar la lengua contra el paladar como para excitar á un caballo.

—Parte de duque y de par—dijo la señora Vauquer.

—¿Va el señor de conquista?—le preguntó la señorita Michonneau.

—¡Coquericó!—gritó el pintor.

—Mis recuerdos á su señora esposa—dijo el empleado del Museo.

—¿Tiene el señor esposa acaso?—preguntó Poiret.

—Una esposa con compartimientos, que flota en el agua y garantiza el cutis, de veinticinco á cuarenta de

precio, dibujó á cuadros, susceptible de lavarse, mitad hilo, mitad algodón y mitad lana y que cura el dolor de muelas y otras enfermedades aprobadas por la Academia de medicina, excelente, por lo demás, para los niños, y mejor aún contra el dolor de cabeza, los empachos y otras enfermedades de los ojos, del esófago y de los oídos—grito Vautrin con la volubilidad cómica y el acento de un sacamuelas.—Señores, ustedes me preguntarán que cuanto cuesta esta maravilla; ¿diez céntimos? No, nada; es un resto de las provisiones hechas en el Gran Mogol, resto que han querido ver todos los soberanos de Europa, incluso el gran duque de Badén. Conque ¡adelante, señores! ¡venga música! ¡bum! ¡la! ¡trín! ¡la, la! ¡pum! El señor del clarinete veo que toca mal y le voy á arreglar yo—repuso con voz ronca.

—¡Dios mío! ¡qué gracioso es este hombre! dijo la señora Vauquer á la señora Couture.—Nunca me aburriría con él.

En medio de las risas á que dió lugar este discurso cómicamente pronunciado, Eugenio pudo ver la mirada furtiva de la señorita Taillefer, la cual se aproximó á la señora Couture para decirle algunas palabras al oído.

—Ahí está el cabriolé—entró á decir Silvia.

—Pues ¿dónde come?—preguntó Bianchón.

—En casa de la señora baronesa de Nucingen.

—Hija del señor Goriot—añadió el estudiante.

Al oír este nombre, todas las miradas se fijaron en el antiguo fabricante de pastas, que contemplaba á Eugenio con una especie de envidia.

Rastignac llegó á la calle de San Lázaro y penetró en una de esas ligeras casas de delgadas columnas y

mezquinos pórticos que constituyen el bonito París, una verdadera casa de banquero llena de costosos adornos, de estucos y de barandillas de mosaico de mármol. Encontró á la señora de Nucingen en un saloncito lleno de cuadros italianos cuya decoración se parecía á la de los cafés. La baronesa estaba triste y los esfuerzos que hizo para ocultar su pena interesaron tanto más vivamente á Eugenio, cuanto que no había fingimiento alguno en ello. El estudiante creía hacer feliz á una mujer con su presencia, y la encontraba desesperada. Este desengaño picó su amor propio.

—Señora, tengo aun muy poco derecho á su confianza—dijo Eugenio después de haberla atormentado hablándole de su preocupación;—pero si le molestase á usted, cuento con su buena fe para que tuviese la franqueza de decírmelo.

—No; quédese usted, porque si se fuese, yo estaría sola. Nucingen come fuera de casa y yo no tengo quien me acompañe; necesito distracción.

—Pero ¿qué tiene usted?

—Á usted sería el último á quien se lo diría—exclamó Delfina.

—Pues yo quiero saberlo, porque sus palabras me hacen suponer que el secreto me interesa.

—Puede. Pero no—repuso la joven.—Son disgustos del hogar que deben permanecer sepultados en el fondo del corazón. ¿No le decía á usted anteayer que era desgraciada? Las cadenas de oro son las más pesadas.

Cuando una mujer le dice á un joven que es desgraciada, si este joven es listo, elegante y está desocupado, debe pensar lo que decía Eugenio.

—¿Qué puede usted desear? Es usted joven, hermosa, amada, rica.

—No hablemos de mí—dijo Delfina haciendo un siniestro movimiento de cabeza.—Comeremos juntos é iremos luego á oír deliciosa música. ¿Estoy á su gusto?—repuso levantándose y enseñándole su traje blanco de cachemira.

—Lo que yo quisiera es que fuera usted toda mía—dijo Eugenio.—Está usted encantadora.

—Tendría usted una triste posesión—dijo la baronesa sonriendo con amargura.—Nada aquí anuncia la desgracia; y, sin embargo, á pesar de las apariencias, estoy desesperada. Las penas me quitan el sueño y no tardaré en envejecer.

—¡Oh! eso es imposible—dijo el estudiante.—Siento curiosidad por saber qué penas son esas que resisten á un amor verdadero.

—¡Ah! si yo se las confiase, huiría usted de mí. Usted sólo me ama por esa galantería que es general en los hombres; pero si estuviese realmente enamorado, su desesperación no tendría límites. Ya ve usted, pues, que estoy obligada á callar. Por favor—repuso,—hablemos de otra cosa. Venga usted á ver mis habitaciones.

—No, permanezcamos aquí—repuso Eugenio sentándose en un sofá junto al fuego, al lado de la señora de Nucingen, cuya mano tomó con decisión.

Ella le dejó obrar y hasta apoyó la suya en la del joven, haciendo uno de esos movimientos de concentrada fuerza que denotan la existencia de grandes emociones.

—Escuche usted—dijo Rastignac,—si tiene usted

penas, debe confiármelas, porque yo deseo probarle que la amo desinteresadamente. Ó habla usted y me dice la causa de su tristeza á fin de que yo pueda disiparla, aunque haya de matar á seis hombres, ó de lo contrario no pongo más los pies en su casa.

—Pues bien—exclamó Delfina dándose una palmada en la frente,—voy á ponerle á prueba al instante.—Sí —se dijo,—no hay más que este medio.

Y llamó.

—¿Está enganchado el coche del señor?—le preguntó á su ayuda de cámara.

—Sí, señora.

—Pues bien, me lo llevo, y si pide otro, déngle el mío y mis caballos. Me servirán ustedes la comida á las siete. Vamos, venga usted—dijo á Eugenio, que creyó soñar al verse en el cupé del señor de Nucingen al lado de aquella mujer.

—¡Al Palacio Real, cerca del Teatro Francés!—dijo Delfina al cochero.

Por el camino la baronesa pareció agitada y se negó á responder á las preguntas de Eugenio, que no sabía qué pensar de aquella resistencia muda, compacta y obtusa.

—En un momento se me escapa—se decía el estudiante.

Cuando el coche se detuvo, Delfina miró á Eugenio con aire que impuso silencio á sus locas palabras, pues el joven se había irritado, y le preguntó:

—¿Me quiere usted de veras?

—Sí—respondió Eugenio ocultando la inquietud que le dominaba.

—¿No pensará usted mal de mí, mándele lo que le mande?

—No.

—¿Está usted dispuesto á obedecerme?

—Ciegamente.

—¿Ha jugado usted alguna vez?—le preguntó Delfina con voz temblorosa.

—Nunca.

—¡Ah! ¡respiro! tendrá usted suerte. He aquí mi bolsa. Tome lo que contiene. Hay cien francos, que es todo el capital que posee esta mujer tan feliz. Suba á una casa de juego, juegue los cien francos á la ruleta, y piérdalo todo ó tráigame seis mil francos. No sé dónde hay casa de juego, pero tengo entendido que hay alguna en el Palacio Real. Al volver le contaré á usted mis penas.

—¡Lléveme el diablo si sé lo que voy á hacer! pero la obedeceré á usted—dijo Eugenio con la alegría que le causaba el siguiente pensamiento: «Se compromete conmigo y no podrá negarme nada.»

Eugenio tomó la bonita bolsa, corrió al número 9, donde le indicaron que había una casa de juego, entró en ella y preguntó dónde estaba la ruleta. Con gran asombro de los asiduos concurrentes, el mozo le llevó ante una mesa muy larga, y Eugenio, seguido de todos los espectadores, preguntó sin rodeos que cómo se hacía para jugar.

—Si coloca usted un luis en uno de los treinta y seis números y éste sale, le darán á usted treinta y seis lises—le dijo un respetable anciano de cabellos blancos.

Eugenio colocó los cien francos en la cifra de su